

iPuto algoritmo!

Pepe G. Pardo

*A todas las personas
que han muerto
y a todas aquellas que
todavía no lo han hecho.*

Todo tiene un porqué

O no.

Si existe algo que, desde el principio de los tiempos, ha atormentado a la humanidad, es la muerte. Sin duda, esta es la preocupación más antigua del ser humano desde que tiene uso de razón.

Buscar un sentido a la misma ha sido el gran esfuerzo de todas y cada una de las civilizaciones a lo largo de la historia.

Las distintas religiones, con sus correspondientes dioses, han intentado dar la mejor de las explicaciones posibles a este hecho tan insólito: la desaparición de nuestro cuerpo de la faz de tierra. Hay quien piensa que la religión es solo un invento del ser humano, una distracción para paliar la angustia vital que supone la certeza de que, más pronto que tarde, nuestro cuerpo desaparecerá y nos uniremos a la energía que vaga por el universo.

Cada una de estas religiones, a su manera y con el mejor de los propósitos, trata de infundir las esperanzas necesarias en todo ser humano, para impedir que

caigamos en la tristeza y desesperación inevitable ante este hecho irrefutable.

A diario, nos relacionamos con sujetos de muy distintas creencias, religiones y opiniones. Unos son cristianos, otros musulmanes, muchos no profesan religión alguna. Unos creen que hay vida en el más allá. Otros piensan que existe la reencarnación.

Para algunas personas, desaparecemos sin más. Hay quienes se atormentan con la idea de la muerte, mientras que otras, por el contrario, no le dan mayor importancia. Una gran parte de la gente ni siquiera se detiene a pensar en ello. Quizás, después de todo, estas sean las más felices.

Ada Casals no es de ese tipo de personas. Ella está obsesionada con la muerte. Por eso, acaba de abrir una puerta... una puerta que ahora no sabe cómo cerrar.

Boca abajo

En un lugar de las afueras de Madrid,
14 de noviembre de 2024

—¡Socorro! ¡Por favor! ¡Necesito ayuda! —pronuncio estas palabras con un susurro, a pesar de que intento gritar con todas mis fuerzas—. ¡Me ahogo! ¡No puedo respirar!

Nadie contesta.

No entiendo qué me ocurre. La cabeza me va a estallar de un momento a otro. No puedo ver nada, ni siquiera soy consciente de si tengo los ojos abiertos o cerrados. Noto una presión insoportable en ellos y en los oídos. En las fosas nasales me ocurre lo mismo. Consigo respirar, a duras penas, abriendo la boca.

No puedo tomar aire y gritar al mismo tiempo. Creo que voy a desmayarme. Es probable que sea lo mejor. No lo soporto más.

Oigo algo. Es un chirrido que va de más a menos. Ahora ha cesado.

Hago un esfuerzo brutal por abrir los ojos y me parece ver una puerta abierta. Unos pies, que aparentan andar por el techo, se mueven hacia mí.

—¡Gracias a Dios! ¡Ayúdenme!

—¡Mira que eres imbécil! —dice el dueño de los pies, al de otros pies que también se acercan—. Como el jefe vea el estado en el que has dejado a la chica, te va a correr a hostias.

—Tampoco es para tanto —contesta el otro.

No logro ver el rostro de ninguno de los dos. Solo alcanzo con la mirada hasta sus cinturas. Ambos van con pantalones largos y lo que parecen zapatillas con barro, pero no puedo distinguir nada más.

—¡Descuelga ahora mismo a la pobre! No sé cómo no ha muerto.

—Pero ¡si apenas lleva así un minuto!

Es lo último que oigo antes de darme de bruces contra el suelo. Si pensaba que la cabeza me dolía, este nuevo golpe me ha quitado la duda.

Y el conocimiento también.

Comienzo a oír murmullos a lo lejos. Quiero tocarme la cabeza, sujetarla más bien, para impedir que explote en mil pedazos, pero no puedo. Tengo los brazos paralizados. Entreabro los ojos con gran esfuerzo. Lo veo todo turbio. No llevo puestas mis gafas. Solo veo mis rodillas desnudas.

Están sucias. Parece sangre.

Noto una mano que me levanta la barbilla y descubro el rostro de alguien que desconozco. No sé quién es, aunque me da la impresión de que no es la primera vez que lo veo.

—¡Niña! ¿Me oyes? ¿Estás bien? —emite la voz del desconocido rostro.

«¡De narices!», le contestaría, de poder articular palabra.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado? —contesto con las únicas palabras que soy capaz de pronunciar.

—Todo lo sabrás a su debido tiempo, tranquila. Ahora lo que importa es que estés bien y te repongas. Ya te lo explicaremos todo.

—Pero ¿qué pasa? No puedo moverme —digo impacientándome, porque esa es la reacción normal cuando alguien te dice que te tranquilices.

—No te preocupes, es porque estás atada a esta silla. Por el momento es necesario. Pronto lo solucionaremos —contesta el dueño del rostro.

—¿Atada? ¿Cómo que atada? ¡Por favor, sáqueme de aquí! Debe tratarse de una confusión, yo no he hecho nada —añado entre sollozos al comprobar mi estado.

Pero estos sujetos no parecen tener ninguna intención de soltarme, al menos por el momento.

Durante estos instantes he comenzado a recuperar mis sentidos y, a pesar de los llantos, empiezo a ubicarme respecto a mi desesperada situación.

Puedo ver con algo de más claridad, aunque me da la impresión de tener los ojos inyectados en sangre. La cabeza me duele horrores, pero empieza a bajarme la presión y vuelvo a recuperar el oído. El olfato no ha corrido la misma suerte, pues tengo la nariz taponada y solo consigo respirar por la boca. El tacto lo tengo

igualmente inutilizado, dado que me encuentro atada a una silla. De ahí esa sensación de presión en mi culo y mi espalda. Y el quinto sentido, por el momento, no lo necesito, y menos mal, porque tengo la boca tan pastosa como si tuviera ceniza en ella.

Con un rápido vistazo puedo ver a los dos tipos delante de mí. Son feos y desaliñados. Feos de narices. Sobre todo, el más alto, situado un poco más atrás que el que ahora habla, dándole una nueva orden.

—¡Trae algo para tatarla! ¿Era necesario dejarla desnuda?

¿Desnuda? En ese momento bajo la mirada hacia mi cuerpo y descubro que las rodillas no es lo único que tengo sin ropa, todo mi cuerpo está así. La revelación de mi desnudez no añade mucha más preocupación a mi situación. Siempre he sido muy desinhibida y en estos momentos, desde luego, no es lo que más me preocupa. ¿He dicho siempre? No es correcto, no he sido así desde siempre, pero eso es otra historia.

—Desnudar a la gente la hace más vulnerable. Facilita mucho la posibilidad de sacar información —responde el feo más alto.

—Desde luego, igual que esa cantidad de golpes. La has dejado hecha polvo. No la has matado de milagro. ¿Qué información has sacado?

El feísimo pone cara de póker acompañada de unos segundos de silencio.

—Lo cierto es que... es más dura de lo que pensaba. Por el momento no ha dicho mucho —Queda de nuevo en silencio—. En realidad, no ha dicho nada.

—Confirmado. Eres imbécil —sentencia el más bajo.

Obediente, pero a regañadientes, el individuo me echa por encima lo que asemeja a una sábana sucia. Parece que ya comienzo a recuperar el olfato, porque huele a demonios.

Ambos se marchan y oigo cerrarse una puerta tras de mí.

Me pregunto qué información es la que han pretendido sacarme a base de golpes.

Estoy sola.

Dolorida.

Desmemoriada.

Desorientada.

Asustada.

Muerta de miedo.

Desnuda. Solo con unaapestosa y sucia sábana por encima.

Al menos no tengo frío. Por muy mal que una se encuentre, siempre se puede estar peor. No parece que esta situación pueda empeorar mucho. Nunca se sabe.

Intento respirar lenta y profundamente, con intención de tranquilizarme. No soy una guerrillera, solo soy una ingeniera informática. ¡Ah, vale! Por lo menos recuerdo mi profesión, aunque no parece que eso me vaya a ayudar mucho en esta situación. No tengo ni idea de cómo actuar. Comienzo por analizar la habitación. Es una sala grande, de al menos cincuenta metros cuadrados. Estoy situada en el centro. Desde ahí no puedo ver la puerta, aunque sé que está a mi espalda, pues he oído cómo la cerraban al marcharse los dos individuos. No parece que exista ningún tipo de ventilación ni ventanas al exterior. De ahí ese olor. Un olor a sangre, como en un matadero. Seguro que no soy la primera persona que ha pasado por lo mismo en esta sala. No percibo ningún atisbo de luz natural. Miro al techo. Es de cemento, sin pintar. En él hay varios tubos fluorescentes. Cuento hasta seis y creo que habrá alguno más donde no me alcanza la

vista, tras de mí. Están todos encendidos. No tengo forma de saber la hora en la que me encuentro ni tampoco desde cuando estoy ahí. Ahora mismo ni siquiera recuerdo el día que es. Es posible que me administraran algún tipo de somnífero para reducirme y traerme aquí. O tal vez, simplemente no recuerdo nada debido a los golpes recibidos. Repaso mi cuerpo y no encuentro un solo punto en él que no me duela, aunque tampoco hay ninguno que me duela tanto como la cabeza. Esta se ha llevado, sin duda, la peor parte. Entre los golpes y la posición de estar boca abajo me han dejado hecha una mierda.

Hago esfuerzos por desatarme. Me parece imposible. Estos tipos deben de haber sido marineros porque me han anudado de una forma increíble. La cuerda me rodea por todas partes y lleva varios nudos en distintos sitios. Ni en un año podría soltarme de esta sogá.

Descartada esa opción deduzco que, por el momento, estoy en las manos de estos tipos. No me queda más que intentar recordar el motivo que puede haberme llevado a estar aquí ahora. Encontrar un sentido

a todo esto. Y, por supuesto, comenzar a pensar cómo puedo escapar.

Cierro los ojos. Respiro hondo. Intento tranquilizarme. Noto como el latido de mi corazón, poco a poco, se va reduciendo.

No consigo recordar mi nombre, aunque sí que soy informática.

En algún lugar de mi cerebro localizo un último recuerdo antes de mi actual situación. Estoy sentada en una cama. Veo una habitación que parece la de un hotel. Es algo antiguo, tiene muebles de madera con adornos incrustados. La mesita de noche la soportan cuatro patas cilíndricas que van disminuyendo hasta acabar en una punta contra el suelo. En la pared hay un enorme cuadro. Parece representar una cacería de la edad media. Varios perros muerden a un pobre jabalí que lucha contra ellos. La lanza de un caballero está a punto de acabar con el sufrimiento del pobre animal. Junto al cuadro hay unas cortinas oscuras con un dibujo horrible que no descifro. Toda la habitación me resulta un tanto siniestra.

Una puerta un poco entreabierta deja pasar algo más de luz. Debe conducir a un baño. Me parece oír el sonido del agua de una ducha. Eso solo significa una cosa.

Hay alguien allí. De repente el sonido del agua de la ducha cesa.

Transcurre un instante y la puerta se abre. Aparece un hombre con el torso desnudo, todavía con restos de agua sobre su pecho depilado. Una toalla enrollada en su cintura es su única indumentaria. Ante mis ojos el mismísimo Adonis. Esa figura me hace recordar que me encanta la mitología.

Un ruido me trae de nuevo a la realidad. Están abriendo la puerta de mi celda.

—Te traigo algo de comer, pero antes deja que te arregle un poco —me dice uno de mis captores, en concreto el más bajo, menos feo y más agradable—. Siento lo que te ha hecho mi compañero, es un imbécil y un bestia.

Lleva una bandeja en las manos. Sobre ella hay un plato con una especie de sopa, una cuchara y un ridículo pedazo de pan. Aunque mis ojos se fijan sobre todo en una pequeña botella de agua. La bandeja también contiene una botella de alcohol y el típico envoltorio de papel azul con algodón.

El hombre deja la bandeja en el suelo y acerca un par de sillas desde el fondo de la habitación. Utiliza una a

modo de mesa para poner la bandeja y se sienta en la otra junto a mí. Me ofrece una cucharada del plato sopero y yo aparto la cabeza disgustada.

—No tengo hambre, gracias.

—Debes comer. Es importante que estés bien para cuando venga su *majestad*.

—¿Cómo que su majestad?

—Es como quiere que le llamemos, pero seguro que no tiene sangre real, tranquila —dice sonriendo de mala gana.

—Lo que sí tengo es mucha sed —le contesto mirando de nuevo la botella de agua.

—Es normal, es por el anestésico que te hemos suministrado para traerte hasta aquí. Pero cálmate, es inofensivo. No es la primera vez que lo usamos. No te dejará secuelas. En unas horas estarás como nueva. Lo que debes hacer es vaciar.

—¿Vaciar?

—Quiero decir..., mear. —Parece sonrojarse.

—Pues como no quieras que me haga encima. Ya me dirás.

La cara colorada del secuestrador va en aumento. Se pone en pie, deja el plato en la bandeja y se marcha.

—Ahora vuelvo —dice un instante antes de que oiga que vuelve a cerrar la puerta.

Será idiota, podía haberme dado de beber antes de salir. Me quedo mirando las gotas de agua condensadas en el exterior de la botella y vuelven a mi mente otras gotas de agua: las del pecho de mi Adonis.

No consigo visualizar su cara, pero sí sus abdominales perfectos. Recuerdo estar pensando que jamás podré apartar la vista de esos abdominales, cuando ocurre algo que de inmediato me hace cambiar de opinión.

Se ha quitado la toalla. Un cuerpo perfecto, como nunca había visto otro igual, está a un par de escasos metros de mí.

Sigo sin poder ver su cara. Los abdominales, y el resto de atributos bajo los mismos, caminan hacia donde estoy. A partir de ese momento lo recuerdo todo con bastante nitidez.

Sus manos me quitan la chaqueta y la lanzan al suelo. Puedo verla. Es de mi chándal rosa. Siempre me lo pongo en este tiempo cuando salgo a correr. Al menos, deduzco que no estamos en verano. La chaqueta ha sido la primera prenda que me ha arrebatado. Estoy sentada

en la cama y él está frente a mí. Tengo su miembro a la altura de mis ojos... y de mi boca. Me veo en la obligación de contribuir de alguna forma al excitante momento, así que agarro con suavidad su pene y me dispongo a lamerlo. Él se sobresalta y me empuja. Caigo de espaldas en la cama. Debe ser el único hombre en el mundo al que no le guste que se la chupen.

—¡Ya estoy aquí! —Me sorprende la voz de mi secuestrador preferido. Y no es que me gusten los secuestradores, pero entre los dos que me han tocado me quedo con este—. Mira, te he traído tu ropa y tus gafas —me dice dejando mi chándal rosa en la silla.

—¿Y mis zapatillas?

—No creo que las necesites por el momento. No vas a ir muy lejos. Todo lo más hasta el baño.

—Y ¿cómo piensas que voy a poder vestirme?

—Voy a liberarte para que puedas hacerlo, pero te advierto que si haces alguna tontería la próxima vez tendrás que hacer tus necesidades atada a esta silla.

Comienza a desatarme. Tarda mucho menos de lo que imaginaba, teniendo en cuenta la cantidad de nudos.

La sensación al estar desatada de nuevo es maravillosa. Permanecer horas en la misma posición,

incluso no estando atada es agotador. Comienzo por estirar mis músculos para desentumecerme. Voy a quitarme la sucia sábana de encima cuando miro al tipo frente a mí que me observa. No hace falta que diga nada, cuando nuestras miradas se cruzan, se da la vuelta y se aleja un poco en dirección a la puerta. Me quito la sábana y comienzo a vestirme. Me llama la atención el hecho de que la ropa está perfectamente doblada, las bragas, la camiseta, el pantalón y la chaqueta del chándal. Me extraña esto en un hombre, ya que siempre dejan la ropa tirada de cualquier forma. Me pregunto si tras ellos habrá una mano femenina.

—Ya estoy —digo al acabar de vestirme.

—Ahí tienes el baño, detrás de esa puerta.

Me señala al lado opuesto a la entrada de la habitación. Hay una puerta allí que me cuesta diferenciar. Está pintada de blanco, igual que las paredes de la habitación y queda disimulada en la pared.

—No tardes.

—Tranquilo, solo voy a mear. No tengo mi maquillaje, aunque seguro que no me vendría mal.

Cuando voy a dirigirme hacia el baño el hombre me agarra por el brazo.

—Un momento —dice mientras me da la botella de alcohol y el algodón—. Usa esto, no queremos que se te infecte ninguna herida.

—Gracias. —Lo tomo y, al hacerlo, lo miro a los ojos. El hombre es feo, pero, a pesar de eso, encuentro bondad en su mirada. ¡Puto síndrome de Estocolmo!

Entro al baño y cierro la puerta. No hay ningún pestillo para cerrar con seguridad. Tampoco hay ninguna ventana por la que pueda huir. Tan solo un pequeño tragaluz en la pared, cerca del techo, por el que apenas podría meter un brazo. Un retrete de esos con un agujero en el suelo, sin inodoro, y una pequeña pila bajo un espejo son todo el mobiliario que encuentro. Odio mear en cuclillas sin poder sentarme en una taza. Y todavía odio más no poder secarme la gota. No me queda más remedio, así que a riesgo de producir un emboce, utilizo el algodón.

—¡No hay papel higiénico! —grito.

—Lo tendremos en cuenta para el próximo secuestro —me contesta, gritando también, y con lo que me parece un increíble e inoportuno sentido del humor.

Mientras permanezco agachada, echo otro vistazo al pequeño cubículo y confirmo mi primera impresión: no

hay forma de escapar. Me levanto, me miro en el espejo e intento recomponerme.

—¡Ah! —exclamo.

—¿Estás bien? —oigo a mi secuestrador a través de la puerta.

—Sí, es solo que escuece al darme con el alcohol.

Me froto con delicadeza, evocando en mi mente las manos de mi Adonis. Tumbada en la cama, quedo a su merced. Él está de pie delante de mí. Creo que va a quitarme los pantalones. Lo estoy deseando. En cambio, me sujeta las manos, tira de mí y me vuelve a sentar en la cama. Voy de subidón en bajón con este hombre. Creo que con sus actos intenta disculparse del susto que me ha dado al lanzarme contra la cama. Se agacha y pienso: «Ahora sí». Pero lo que hace es girarse hacia un lado y abrir un minúsculo minibar que hay junto a la mesita. Dentro hay una pequeña botella de cava. La abre con un estruendoso sonido y me ofrece una copa. Él toma otra y la llena también.

Brindamos.

Me la bebo de un trago. Comienzo a impacientarme de tanto preámbulo. Soy más práctica y me gusta ir al grano en estas cuestiones.

Algo me pasa. La cabeza me da vueltas. Veo cómo Adonis se da media vuelta y se dirige hacia el baño. Parece que voy a desmayarme. No quiero que la copa caiga, así que me aproximo para intentar dejarla en la mesita de noche. No llego y cae antes al suelo. La veo rota y los restos del cava esparcidos. Tumbada sobre la cama, peleo por abrir el cajón de la mesita. Busco mi móvil. Siempre recurro a él cuando tengo un problema. De hecho, el mayor problema hoy día es no tener móvil.

Tanteo dentro del cajón y no lo encuentro. Creo que esta no es mi mesita de noche. Toco algo, lo sujeto y me lo acerco a la cara. Justo cuando estoy a punto de perder el sentido, lo veo: un alzacuello.